

TEMARIO

Por HERMINIO PORTELL VILA

El Museo Nacional

LA opinión pública sin duda que simpatiza con los problemas de viviendas y de supervivencia económica de los vecinos y los pequeños comerciantes del Mercado del Polvorín; pero al mismo tiempo aplaude la medida que tiende a librar la parte más céntrica de La Habana de ese zoco infecto y antiestético, que es el viejo caserón que ocupa ese lugar privilegiado frente al Palacio Presidencial.

Una y otra vez, con otros gobiernos y con éste, se ha anunciado el desalojo y la demolición del Mercado del Polvorín, y siempre los intereses creados y las influencias políticas se han conjurado para impedir la realización de esa obra de ornato público. Ante la lista impresionante de ór-

denes y contraórdenes, los que aspiramos a que el embellecimiento de La Habana se extienda a ese paraje, no estamos muy seguros de que, al llegar el 4 de septiembre, no haya otra más de las incontables prórogas que han sido concedidas a los inquilinos del Mercado.

Desde el punto de vista del urbanismo y de la estética, como también del aspecto que deben tener los alrededores de la residencia del Ejecutivo en cualquier país, la disposición administrativa que aspira a eliminar el Mercado del Polvorín merece todos los elogios; pero es que ese propósito de embellecimiento y de utilidad pública tiene esta vez una justificación mayor que nunca, cual es la de erigir en los terrenos que ocupa el Mercado el edificio para el Museo Nacional.

No son muchas las personas que han ido al almacén de los cuadros valiosos y de las importantes reliquias históricas que desde hace más de veinteaños están hacinados en el viejo e inadecuado caserón de la calle de Aguiar en cuya puerta una plancha metálica dice que allí está el Museo Nacional... Y no es por indiferencia o desdén hacia los tesoros artísticos e históricos amontonados y conservados gracias a la paciente labor del profesor Rodríguez Morey, pintor eminente que durante muchos años ha defendido hasta lo imposible el patrimonio del Museo Nacional. Es que aquellos salones lóbregos, con los

techos arruinados, en que apenas si hay espacio para moverse, tienden a alejar a los visitantes, por muy interesados que estén en la contemplación de las reliquias... Y cuando un grupo de turistas o un extranjero interesado en nuestra historia, nuestro arte o nuestra sociología, penetran en aquel recinto que es la expresión acabada del abandono con que los gobiernos cubanos han perseguido al Museo Nacional, la impresión que sentimos los cubanos que les acompañamos es de infinita vergüenza nacional.

Los pueblos más atrasados, hasta las tribus primitivas, siempre reservan la gruta más atractiva, la choza más lujosa, etc., para recoger y conservar en ellas los trofeos, los símbolos religiosos y militares, los productos de su arte y de su industria y todo aquello de que tienen orgullo: ese es su museo, que pudiéramos llamar "nacional"; porque es el patrimonio de la "nación" iroquesa, zulú o maorí. Por supuesto que en cuanto a instalación, alrededores, comodidades y demás progresos de la civilización, el museo primitivo no puede compararse con el Louvre, o el Prado, o el Field Museum, de Chicago, o el Metropolitan Museum, de Nueva York, etcétera; pero se advierte claramente que, en el fondo, el impulso conservador de los elementos históricos y el anhelo de destacarlos de manera conveniente, es el mismo...

Lo lamentable es que haya un pueblo civilizado, que ingresa en el Tesoro Nacional doscientos cincuenta millones de dólares al año, que en menos de cincuenta años de vida republicana ha gastado miles de millones de pesos de las rentas públicas y en el que se han hecho inmensas fortunas privadas, que es el pueblo cubano, que no cuenta con un Museo Nacional digno de su gloria histórica y de su progreso...

El gobernante que construya el edificio del Museo Nacional, quienquiera que sea, tendrá títulos al reconocimiento eterno de sus compatriotas y merecerá bien de la Patria. El vía crucis del Museo Nacional que en tiempos del presidente Zayas, con uno de los gobiernos más corrompidos de nuestra historia política, vió sus tesoros artísticos e históricos lanzados a la calle, desde el vetusto edificio que ocupaba en la Avenida de Carlos III, es una vergüenza nacional. Zayas, el

2

pretendido gobernante culto, fué quien infirió el primer grado de daño al Museo Nacional, y su sucesor, el dictador Machado, prometió una y otra vez que construiría el edificio del Museo Nacional y no lo hizo; pero sí supo expulsar a la Biblioteca Nacional del edificio de la Antigua Maestranza. Recuerdo todavía un acto de propaganda que el profesor Rodríguez Morey organizó en el aula magna del Instituto número 1, de segunda enseñanza, y al que asistió el dictador Machado, donde éste tuvo que escuchar verdades muy amargas de labios del viejo director del Museo Nacional, quien no se mordió la lengua para quejarse del abandono en que se tenía a ese centro. Esos presidentes y sus sucesores despreciaron al Museo Nacional, o sea, despreciaron el centro conservador de las reliquias de nuestra evolución histórica, y hasta hubo ministro que cesanteó a un carpintero indispensable para nombrar en ese puesto a una empleada "botellera" cuya nómina Rodríguez Morey se negó a certificar mientras la señorita en cuestión no demostrase que era "carpintera".

Estamos hoy ante una promesa específica y una gran esperanza de que desaparezca el feo y sucio caserón del Mercado del Polvorín y que ese paraje sea ocupado por un edificio que corresponda a las glorias y a la función de educación y de patriotismo que corresponde al Museo Nacional... ¡Que no quede incumplida la promesa y que no se frustre esa esperanza! ¡El pueblo cubano no regateará los elogios merecidos a quienes hagan el Museo Nacional!

M. G. 10/47



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA